



En los primeros días del verano, Agostino y su madre salían todas las mañanas a navegar en un patín a remos. Las primeras veces, la madre había hecho que los acompañara un marinero, pero Agostino había dado señales tan claras de que la presencia de aquel hombre lo incomodaba que, desde entonces, los remos le fueron confiados a él. Remaba con profundo placer en aquel mar tranquilo y diáfano de primeras horas de la mañana: la madre, sentada frente a él, le hablaba de manera llana, alegre y serena como el mar y el cielo, como si él fuera un hombre en lugar de un chiquillo de trece años. La madre de Agostino era una mujer alta y hermosa, todavía en la flor de la vida, y él experimentaba un sentimiento de orgullo cada vez que se embarcaba con ella para hacer una de aquellas excursiones matutinas. Le daba la sensación de que todos los bañistas de la playa los observaban, a su madre con envidia y a él con admiración. Convencido de ser objeto de todas las miradas, le parecía que hablaba con una voz más potente de lo normal, que gesticulaba de un modo particular, que estaba envuelto en un aire teatral y ejemplar como si, en lugar de en la playa, se encontrara con la madre en un escenario, bajo la mirada atenta de cientos de espectadores.

A veces, la madre se presentaba con un bañador nuevo, y él no podía evitar admirarlo en voz alta, esperando secretamente que los demás lo oyeran. Otras veces, lo mandaba a coger algo al vestuario y esperaba de pie en la orilla, al lado del patín. Él la obedecía con un secreto regocijo, contento de poder alargar, aunque fuera por unos instantes, el espectáculo de su marcha. Por fin subían al patín, Agostino se adueñaba de los remos y lo empujaba hacia alta mar, pero en su ánimo permanecían todavía durante un buen rato la turbación y la fascinación de esta vanidad filial.

En cuanto llegaban a una considerable distancia de la orilla, la madre decía al hijo que parara, se ponía en la cabeza el gorrito de goma, se quitaba las sandalias y se zambullía en el agua. Agostino la seguía. Los dos nadaban alrededor del patín abandonado con los remos colgando, y charlaban alegremente con voces que sonaban altas en el silencio del mar llano y lleno de luz. De vez en cuando, la madre indicaba un trozo de corcho que flotaba a una cierta distancia y desafiaba al hijo a alcanzarlo a nado. Le daba un metro de ventaja. Luego, con grandes brazadas, se lanzaban hacia el corcho. Otras veces competían a lanzarse desde el asiento del patín. Las zambullidas resquebrajaban el agua lisa y resplandeciente. Agostino veía el cuerpo de la madre que se hundía envuelto en un verde hervor e inmediatamente se lanzaba tras ella, impulsado por el deseo de seguirla a cualquier parte, incluso hasta el fondo del mar. Se lanzaba hacia la estela que dejaba su madre y le parecía que hasta el agua, fría y compacta, conservaba la huella del paso de aquel cuerpo amado. Terminado el baño, volvían a subirse al patín y la madre, mirando el mar calmo y luminoso que les rodeaba, decía:

—Qué bonito, ¿verdad?

Agostino no respondía porque sentía que el placer de aquella belleza del mar y del cielo él se lo debía sobre todo a la intimidad profunda en la que estaba sumida su relación con su madre. Si no hubiera existido esa intimidad, pensaba a veces, ¿qué habría quedado de aquella belleza? Permanecían allí largo rato para secarse al sol que, cercano el mediodía, se volvía cada vez más ardiente. Luego, la madre se tumbaba sobre el travesaño que unía los dos cascós del patín y bocarriba, con los cabellos en el agua, el rostro mirando al cielo, los ojos cerrados, parecía adormilarse. Mientras, Agostino, sentado en el asiento, miraba a su alrededor, observaba a la madre y no hacía el menor ruido por miedo a perturbar aquel sueño. De pronto, la madre abría los ojos y decía que era un placer hasta entonces desconocido estar tumbada con los ojos cerrados, y sentir el agua que discurría y ondeaba bajo su espalda. A veces pedía a Agostino que le diera la pitillera, o mejor aún, que él mismo encendiera un cigarrillo y se lo pasara, órdenes que Agostino ejecutaba con atención afligida y temblorosa. Entonces, la madre fumaba en silencio y Agostino permanecía inclinado, dándole la espalda, pero con la cabeza ligeramente ladeada, de modo que veía las nubecillas de humo azul que indicaban el lugar donde reposaba la cabeza de la madre, con los cabellos esparcidos en el agua. La madre, que no parecía cansarse nunca del sol, volvía a pedirle a Agostino que remara sin volverse a mirarla: ella se quitaba el sujetador y se bajaba el bañador sobre el vientre para exponer todo su cuerpo a la luz solar. Agostino remaba y se sentía orgulloso de esta tarea, como si fuera un rito en el que le estaba permitido participar. Y no solo no se le ocurría mirar, sino que además sentía aquel cuerpo, ahí tras él, desnudo al sol, como envuelto en un misterio al que debía la mayor veneración.